

bien todavía incipientes, en buena medida, también sugerentes para el desarrollo del pensamiento y de la acción. Se trata de un capítulo pertinente para finalizar el texto y para abrir la polémica.

Con este libro, Gregorio Kaminsky nos ha llevado por terrenos más o menos conocidos, con su particular mirada, con su estilo, su apertura a la interdiscursividad y su preocupación (y ocupación) política por esa, su Argentina.

Sin embargo, aun cuando la Argentina nos resulte el lugar de reflexión y quehacer político de Gregorio, aceptando la propuesta de su cuasi carácter paradigmático en lo que hace a la práctica autoritaria y a la concepción y puesta en acción de la fórmula antinómica individuo/sociedad, el trabajo de Gregorio abreva y repercute de y en todo espacio institucional trascendiendo los límites geopolíticos. Es más, pienso que insistir en ellos como criterios demarcatorios y determinantes de identidades culturales es reforzar nacionalismos fascistoides tan graves como los que el texto de Gregorio Kaminsky destaca y critica.

Las aportaciones de nuestro amigo Gregorio van a todas las formas y a todos los intersticios de lo social. Al archipiélago de las instituciones donde hace cuerpo y se enraíza en las más oscuras zonas de la subjetividad el carácter más profundamente conservador y más intolerablemente reaccionario. Es ahí, dentro de nuestra propia vida, en la constitución más precaria, incipiente y elemental de la subjetividad donde se inocular persistentemente el germen del conformismo, la pasividad y la obediencia, y es ahí, aunque no solamente en ese lugar, donde el amigo Gregorio nos dirige la mirada.

*Gabriel Araujo Paullada*

## **Oportunidades para todos (?)**

Se levanta muy temprano, quiere adelantar en el trabajo de la casa, dejar la comida preparada, poner la ropa en la lavadora, limpiar los pisos de la planta baja; todo sin despertar a los niños. Ellos están de vacaciones, se desvelan todas las noches, se levantan muy tarde. La señora lo permite porque: "Mañana no hay escuela", dice, "ade-

más, ya cumplieron, sacaron buenas calificaciones". Procura no hacer ruido. Prepara los jugos para el desayuno. Esta muy ansiosa pero sabe que tiene que controlarse, la familia duerme todavía. A pesar de la emoción que la embarga, domina sus nervios. A las 9:00 am, cuando ha hecho todo el trabajo, sale de la casa.

Utiliza tres medios de transporte diferentes: aborda el camión primero, luego el metro y, por último, un pesero que la lleva a su destino. Durante el trayecto piensa en sus padres. ¡Que orgullosos estarán cuando digan a todo el pueblo que su hija es preparatoriana! Recuerda el día en que partió del pueblo, seis años atrás. Entonces no se propuso una meta "tan alta"; simplemente salió buscando aliviar la carga en casa "10 hijos son muchos", pensó, "...y alimentarlos es demasiado costoso". Sus padre ya están cansados, grandes, agotados. La tierra no rinde como antes. El cada vez mayor número de sobrinitos la hizo sentir que "debía" salir de su casa.

Se considera una persona realmente afortunada. En estos seis años de trabajo duro, pero no le han pasado "cosas malas". Se refiere a las historias tremendas y tan frecuentes de otras muchachas que una vez en la capital, lejos de sus familias, son "deshonradas", ya sea por el novio, patrón, algún compañero, o hasta cuñado, primo, tío, cualquiera puede ser el violador. Conoce caso de muchachas de las que se han "aprovechado" casi todo tipo de hombre con quien han tratado de relacionarse. Sabe que esto también sucede en el pueblo, pero ahí no está sola, siempre está la madre que puede ayudar. En cambio en la capital, lo más seguro es quedar sin empleo y sin recursos.

No cabe duda, ella ha corrido con mejor suerte. Las únicas experiencias dolorosas que ha tenido en este terreno, se refieren a la forma en que vive su hermana "la casada". Tiene una relación muy desagradable con su esposo: la golpea, no la toma en cuenta, no le da para el gasto, le reclama si la comida no está lista, o si no le alcanza el dinero. La acusa de malgastar su sueldo; no atiende a los hijos. Hace que ella se ocupe de todo; la reprende y golpea. Da poco y exige mucho. Su cuñado se embriaga con frecuencia, entonces obliga a su esposa a "cumplir con sus deberes de mujer". No se fija si ella quiere, o no; si está dispuesta, o no; cansada, o no. Esto a él no le importa.

Por otra parte, Julia lamenta su falta de relaciones amorosas. Tanto se ha cuidado que siempre está sola. De ella nadie ha "abu-

sado" pero ésto le ha costado estar sola. Un día, un muchacho, compañero de la escuela nocturna, la invitó a ir al cine. Aceptó, pero a la salida, cuando él le pidió que fueran a tomar algo "le vio malas intenciones", tuvo miedo y hasta ahí llegó todo. Nunca más volvió a verlo. A veces se siente triste. "Hace falta una compañía, alguien que le diga a una que la quiere, alguien que nos cuide. Pero más vale sola que mal acompañada", piensa. En repetidas ocasiones ha visto a sus amigas primero muy contentas con el novio y después llorando porque han sido abandonadas. Muchas veces quedan embarazadas. Otras, se casan, como su hermana...; así "sus esposos pueden seguir usándolas cuando y como quieren", medita.

Definitivamente, es mejor estar sola, se dice. Esta soledad, aunque a veces difícil de sobrellevar, le ha permitido, gracias a que sus patrones "son muy buenos" dice, ir a la escuela y estudiar. Cuando dejó su pueblo, ya tenía varios años de haber abandonado la escuela. Sólo había llegado hasta el tercer año de primaria. Nunca imaginó terminar la primaria y luego la secundaria y hasta poder inscribirse en la preparatoria, como va hacerlo ahora... la posibilidad de tener un empleo diferente, aunque su patrones sean "muy buenos" como ella dice, de vestirse "como gente decente", es algo que no había imaginado -antes-, siquiera. Ahora, después de tantos años de estudio y trabajo, esto se presenta ya como una realidad... casi.

No ha sido fácil, pero esos seis años pasaron muy rápidamente. Ya tiene treinta años de edad y en su pueblo la tratan de solterona, pero "gracias a Dios, -piensa-, en la ciudad esto pesa menos. Aquí se puede estudiar y superarse uno, aunque ya sea mayor, siempre que haya el firme propósito de hacerlo".

Seis años de asistir a escuelas nocturnas. Seis años de iniciar el día a las 6:00 am, preparar jugos de naranja y desayunos que ella no toma; seis años de asear y arreglar recámaras que ella no ocupa; seis años de preparar fiestas, reuniones, cenas que ella no ofrece y a las que no está invitada. Seis años de lavar y planchar ropa que ella no viste; seis años de responder llamadas telefónicas que no están dirigidas a ella; seis años de "vivir una vida privada" que no le pertenece... Sin embargo estos seis años, con estos patrones "tan buenos", según ella, que le permiten ir a la escuela, han servido para terminar la primaria, la secundaria y estar a punto de ingresar a la preparatoria. Casi ninguna de sus amigas y desde luego ninguna de las mujeres de su pueblo, ni de su familia, ha llegado a este nivel.

Algunos hombres sí, pero ellos son diferentes, medita. Sus padres no saben leer, ni escribir. Su mamá nunca asistió a la escuela, su padre llegó al segundo año de primaria... Así su situación personal de excepción.

Recuerda cuando se le dificultó realizar los estudios de secundaria. Por las exigencias de horario, no le fue posible asistir a la escuela regular. ¡Imposible pasar tantas horas lejos de su trabajo! pero pudo seguir los cursos en el sistema de secundaria abierta. Es verdad, "realmente no estudia el que no quiere", se dijo. El año pasado, a raíz del desastre, el peor de los terremotos que ella haya vivido, el sitio de reunión con los asesores escolares, fue cerrado. Ahí se reunieron alimentos, medicinas, ropa para los damnificados. Al principio se preocupó por sus estudios interrumpidos, pero le remordió la conciencia pensar sólo en sí misma y sus problemas frente a tanta desgracia de otros, y colaboró con el trabajo prodamnificados. Cedió una quincena de su sueldo y llevó toda la ropa y medicinas viejas que su patrona le dio, como ayuda a quienes lo habían perdido todo, o casi todo. Por días, semanas, algunos meses, no le importó la interrupción de clases, pero al cabo de cierto tiempo, se dio cuenta de que ese salón no sería reabierto, al menos no en el corto plazo.

Los objetos ahí reunidos aún no han sido repartidos, no se sabe porque razón... Julia reanudó los estudios, ahora sola, sin asesoría. La supervisión oficial no se renovó aún. Se las arregló para trabajar en sus ratos libres. A veces tenía dudas, pues o los libros no explicaban bien, o ella no los entendía, o a veces estaban equivocados, según decían sus patrones. A todo el mundo pregunta tratando de aclarar las dudas: a la señora, al señor, si no llega muy cansado por la noche; a los niños, si han terminado sus tareas escolares y no se les molesta por la interrupción. Casi siempre obtiene la respuesta buscada, aunque tengan que pasar varios días antes de lograrlo. Espera hasta encontrar el momento adecuado para la consulta y así ha podido aclarar la mayoría de sus dudas. "Todos son muy buenos; ella muy afortunada", piensa.

Sería por todo lo anterior, o porque "la cabeza no le daba" o tal vez no trabajó bastante, pero terminó sus exámenes con promedio de 6.8 -no muy bueno, pero de pase- en sus calificaciones. "Aunque podría haber estado mejor, no te preocupes: ya tienes certificado de estudios de secundaria. Esto es lo importante. Ahora podrás

estudiar lo que quieras", dijeron sus patrones. Ella quiere estudiar contaduría, asistir a la escuela preparatoria, o a la vocacional. Y después... ¡ya verá! Por eso se ha preocupado de estudiar tanto, para poder continuar estudios "serios". Ahora existen planes de estudio de todo y para todos: escuelas nocturnas, escuelas abiertas, todo se puede hacer. "No estudia el que no quiere", se repite.

Allí está Julia ahora, con el certificado de secundaria, en la mano, haciendo "cola" para obtener la ficha que le permitirá presentar examen de admisión y entrar a la vocacional. Hay mucha gente; la "cola" es enorme. Hay jóvenes, casi niños, jovencitas, muchachos mayores, algunos hombres adultos, mujeres adultas, son las menos; ¡quien sabe porque! el trámite es expedito. La fila avanza con gran rapidez. Los solicitantes llegan a la puerta, el encargado revisa de una ojeada el certificado y franquea el paso a quienes merecen aprobación. A unos cuantos les dice algo que Julia no alcanza a escuchar y lo hace a un lado. La gran mayoría pasa. Falta poco para que llegue su turno. Llega, muestra el certificado, el inspector dice: "No pasas se necesita promedio mínimo de 7.0". "¿Cómo?" replica ella asombrada, alterada "Nadie me lo dijo antes. Nadie me lo advirtió". El inspector repite: "Mínimo de 7.0". Julia insiste: "No me avisaron. Si ni siquiera tuve asesores para terminar la secundaria. Tuve que preparar mis exámenes yo sola. Después del temblor se cerró mi centro de asesoría. Hasta estuve llevando cosas ahí; ayudé, pero nunca repartieron nada, por lo menos hasta ahora. No sé porque, pero así fue. Me esforzado mucho. Me he desvelado. Hasta que doy de cenar me pongo a estudiar en mi cuarto sola, siempre sola. Casi nunca veo la televisión, no me gusta perder el tiempo, no tengo novio..." Su tono de voz va en constante aumento, pierde la compostura, grita: "Los maestros que tuve dijeron que merezco seguir estudiando; mis patrones dicen lo mismo, por eso me dejaron ir a la escuela. Nadie se queda sin estudiar, sólo los flojos no mejoran. Yo quiero superarme. ¡Necesito entrar!" Sus gritos se convierten en lamentos; estos en desesperación. Siguen las reflexiones. Nadie la escucha, ni por curiosidad. El hombre de la puerta, sin voltear si quiera a vera, la hace a un lado con un gesto de disgusto y fatiga. Le espeta: ¡Deja pasar a los demás; estás estorbando! y continúa revisando cientos y cientos de certificados que pasan ante los ojos atónitos, desconsolados de Julia.

Pocos son los rechazados, como ella, aunque no todos lo sean por las mismas razones. Cualquier situación que esté fuera de lo estipulado, independientemente de la actitud del portador del certificado, salta a la vista del inspector: "No traes el original, copias fotostáticas no sirven. No pasas"; "no importa que vengas de provincia, falta una firma (o un sello, o lo que sea, que no fue previamente estipulado o suficientemente difundido; no pasas", "...no pasas". Así, sin presentar opciones, ni explicaciones, algunos quedan fuera. Hay que reconocerlo, la mayoría sí pasa.

A un lado de Julia está el grupo de los rechazados. Es un grupo muy heterogéneo: desordenados, no van juntos, no son iguales, salvo en la expresión de sus rostros: reflejan incredulidad, decepción, dolor, coraje, frustración... impotencia. Para Julia ni hay más explicaciones. No hay diálogo, no es escuchada. En su interior resuena la sentencia: "Promedio mínimo de 7.0, promedio mínimo de 7.0, promedio mínimo de 7.0..." No puede menos que recordar los desvelos, angustias, la falta de asesoría. ¡Ni siquiera le pudieron informar correctamente sobre los requisitos, en este sistema escolar del que se dice ofrece oportunidades para todos!

Ya nunca podrá reingresar al sistema escolar oficial normal. Sabe, por la experiencia de Juanita, quien perdió su propio certificado a causa del terremoto, que una vez expedido éste, no es posible sustituirlo. No podrá siquiera tratar de mejorar su actual promedio. Aunque intente repetir el ciclo completo de secundaria abierta o cerrada, o como sea. De ninguna manera podrá obtener otro certificado, con un promedio superior al alcanzado hasta ahora. Su oportunidad ha pasado. El tan deseado documento, que tanta alegría le causó al tenerlo en las manos por primera vez, constituye también la marca que de por vida le impedirá continuar estudios en el sistema educativo oficial. Las oportunidades para seguir estudiando -mejorando, piensa ella-, ser "gente decente", como dice, se han esfumado. "Promedio mínimo de 7.0". No puede creerlo; repasa mentalmente planes, sueños, ilusiones, la expresión que imaginó ver en la cara de sus padres, el orgullo familiar, el propio... todo esto se desvanece.

De pronto, pasa un joven apresurado a su lado, sin proponérselo la hace tambalear. Levanta la cara y su mirada sin propósito, se posa sobre el reloj público: ¡Las 3:00 pm! automáticamente, como empujada por un resorte, reacciona: "¡Tan tarde y yo aquí, sin

hacer nada!" Mira a su alrededor y la explanada está casi vacía. Desperdigados hay unos cuantos jóvenes tan desolados como ella. El horario para la realización de trámites ha terminado, también su oportunidad para "superarse".

Con grandes esfuerzos comienza a caminar. Lentamente primero, apresuradamente después. Toma el pesero, el metro y, por último, el autobús que habrá de llevarla a casa de sus patrones. Cuando son casi las 4 de la tarde, llega. Se arregla el cabello antes de entrar; trata de cambiar su semblante. Abre la puerta provocando un ruido involuntario. "Julia, ¿qué hay de desayunar?". Son los niños que se levantan, fatigados de dormir. "¡Que suerte!" se dice. No la han necesitado durante su ausencia; nadie la echo de menos. Llega justo a tiempo para servir el desayuno. "¡Los patrones son muy buenos y yo muy afortunada!" concluye.

*Ma. Teresa Döring*

## **¿Aguila o Sol?**

### **El Primer Encuentro sobre el espacio institucional. (El proceso del azar)**

El imaginario es la cuota  
de azar que una sociedad se da  
a sí misma para inventarse

DUVIGNON.

En México la difusión del primer encuentro sobre el espacio institucional, fué amplia y bien documentada. La información del evento llegó oportunamente a distintos sectores y grupos, lo que permitió preparar el viaje a Buenos Aires con cierta anticipación y tiempo para realizar los trámites del financiamiento.

Menciono este detalle, porque los compañeros docentes e investigadores tuvieron que enfrentar al ogro filantrópico de la burocracia universitaria nacional, la que se caracteriza por su lentitud y aplazamiento de los trámites como forma de sabotaje a los proyectos académicos y de investigación, a pesar de los institutos y